

COLABORACIÓN ESPECIAL I.5**El nuevo rol de la educación superior en un mundo globalizado****Deane Neubauer
y Víctor Ordóñez**

Mientras buscamos nuevas funciones para la educación superior en medio de los cambios sociales, económicos y políticos que conlleva la globalización, resulta útil reflexionar sobre las funciones que históricamente han desempeñado las universidades. Éstas han sido principalmente la creación, transmisión y conservación del conocimiento. Con el paso del tiempo, las funciones que llevaban a cabo las universidades se han visto complementadas con otras importantes actividades sociales, en diferentes sociedades y culturas y en diferentes momentos. Entre ellas se encuentran la producción y reproducción de élites y clases profesionales; la extensión de la educación superior a otros estratos sociales mediante su democratización y masificación; la creación, destilación y difusión del conocimiento científico, y la codificación y conservación de prácticas lingüísticas y culturales. A lo largo

de la historia se ha visto que las instituciones de educación superior poseen capacidad de adaptación, aunque de forma lenta y conservadora, a cambios sociales de gran alcance. Se han creado oportunidades para nuevas clases de investigación, las disciplinas han sido reorganizadas para promover su estudio detallado y su transmisión, y se ha abogado por los valores sociales de la investigación y las oportunidades abiertas, si bien de forma desigual.

La rápida globalización plantea a las universidades el desafío de si serán capaces de adaptarse, ya no de forma lenta u orgánica, sino dando los grandes pasos que exigen las nuevas realidades. El conocimiento ya no es lo que era. O, más exactamente, el conocimiento ahora se crea, transmite y conserva mediante modalidades, instituciones y configuraciones que anteriormente eran desconocidas, y a velocidades enton-

ces inimaginables. Las universidades ya no juegan un papel exclusivo, ni siquiera prioritario, en el nuevo entorno del acceso a Internet, la sobrecarga de medios y los productos personalizados para la empresa y el estilo de vida. Continúan siendo esenciales, pero deben aceptar que es preciso cambiar. En un contexto en el que existen proveedores de conocimiento alternativos, las universidades deben reconocer esta competencia y crear redes y asociaciones con aquéllos de modo que ambas partes se vean reforzadas.

Siempre han existido conexiones entre las universidades y los sectores de la sociedad a los que sirven y a los que proporcionan la base de recursos humanos. Pero con las presiones que conllevan la globalización y el ritmo de desarrollo acelerado, estas conexiones asumen una nueva urgencia y primacía. El ámbito de trabajo ha cambiado en todo el planeta, y las universidades deben

preparar a sus licenciados para carreras y trabajos para los que aún no existen programas académicos. Esto no se logrará sin una colaboración más intensa. La globalización ha promovido el progreso en el área de la competitividad rápida y flexible, pero en gran medida lo ha hecho de una forma desigual e injusta. Especialmente en los países en vías de desarrollo se considera que las universidades tienen potencial para corregir la creciente falta de equidad al impedir que la base de recursos humanos quede demasiado atrasada en relación con otros países. Las universidades únicamente pueden responder a esta demanda si establecen estrechas alianzas con los sectores productivo y económico del país. Un análisis de las contribuciones que llevarán a cabo las universidades en este contexto revisado revela programas académicos que contemplan que los estudiantes alternen años en el campus con otros de trabajo en la industria, el Gobierno o el sector social; consejos de investigación académica en los que profesionales de la industria y de otros sectores participan plenamente en la formulación de planes de investigación y programas de estudio, y puestos de enseñanza proporcionados a personas ajenas a los círculos académicos que pueden contribuir al desarrollo de la base de recursos humanos flexible y actualizada que se necesita en un mundo globalizado, dinámico y competitivo. Otra tendencia con un enfoque ligeramente distinto y un resultado impredecible es el alarmante crecimiento de la privatización de la propiedad intelectual, provocado por la voluntad del personal docente de conservar la propiedad de sus contribuciones intelectuales al proceso global del conocimiento y su capacidad para comercializarlas.

Las presiones de la globalización sobre los países en vías de desarrollo generan algunas de estas dinámicas, pero crean también un conjunto de problemas completamente nuevos. Las universidades de los países en vías de desarrollo ya no pueden permitirse el lujo de desarrollarse a su propio ritmo a causa del riesgo que supone quedarse atrás en la carrera global. No obstante, al contrario de los ampliamente dotados centros universitarios de los países desarrollados, aquéllas no tienen ni siquiera una mínima parte de los recursos financieros que necesitan para mantenerse. Sin embargo, si estos países no quieren quedarse atrás, no tienen otra elección que esforzarse por proporcionar programas interna-

cionalmente comparables y competitivos. Esta tensión ha llevado al sector privado a involucrarse en la educación superior de maneras notablemente distintas del papel que ha tenido históricamente la educación superior privada en los países desarrollados. Es el caso, en especial, de los Estados Unidos, donde la tradicional educación superior para el bien público ha dado lugar a una convergencia histórica de propósitos entre las instituciones privadas y públicas. Esta convergencia es menos evidente en el mundo en vías de desarrollo, especialmente en economías en rápido crecimiento como China y la India, donde la tentación de escrutar el mercado en busca de estudiantes con recursos económicos suscita con demasiada frecuencia la oferta de cursos inferiores y altamente especializados que prestan poca atención a las cuestiones que afectan al bien público más amplio o a un incremento cualitativo significativo del conocimiento. En el peor de los casos, este subsector amenaza con convertirse en un «tomador» neto de la cuota de conocimiento, más que en un contribuidor neto.

A pesar de estas tensiones, es evidente que los países en vías de desarrollo son muy conscientes de que no pueden, y ciertamente no deberían, limitarse a reproducir los modelos occidentales de educación superior. De ahí su búsqueda de formas pertinentes pero autóctonas de educación superior en lo que respecta a los métodos de impartición, el contenido de los programas e incluso las áreas de investigación. Esto es especialmente cierto en el ámbito de la conservación del conocimiento, y en particular en el campo de la preservación y mejora de las identidades y los patrimonios culturales y nacionales. En un mundo en el que la globalización ha convertido el inglés en lengua predeterminedada, el trabajo de las universidades por preservar las lenguas y culturas que encarnan y representan es fundamental, y es poco probable que lo lleve a cabo ningún otro conjunto de instituciones sociales. Las consecuencias de la homogeneización inducida por la globalización (o de la reacción contraria, la polarización de las culturas), especialmente en las formas culturales promovidas por los medios de comunicación de masas, hacen que esta tarea de preservación cultural y lingüística por parte de las universidades sea vital para la promoción de una sociedad sana y armoniosa. Al tiempo que se reposicionan como agentes eficaces en la economía del conoci-

miento global, las universidades deben preservar también el carácter de sus sistemas nacionales de educación superior específicos y transmitir los principales elementos de las identidades y tradiciones culturales nacionales. Irónicamente, esta función vital incrementa los problemas de recursos que experimentan las universidades con la gradual retirada de la financiación gubernamental a la educación superior.

La aparición de estas nuevas funciones y responsabilidades está cambiando la forma en que las universidades se valoran a sí mismas, buscan recursos y responden a las señales sociales para conciliar su actividad con las necesidades sociales percibidas. Estas fuerzas y tensiones están influyendo en gran medida en la redefinición de las nociones históricas de las responsabilidades de la educación superior pública en relación con el bien público. Podría tratarse del marco conceptual inicial en el cual las universidades definirían su ámbito específico o su nicho particular en la sociedad en un mundo globalizado y saturado de conocimientos. Los nuevos vectores incluyen la función de la universidad como proveedora de servicios para la sociedad (muy por encima del habitual tercer lugar, por debajo de la docencia y de la investigación, que tradicionalmente esta función ocupaba), las tensiones inherentes resultantes de servir al Gobierno y a la vez ser su crítico social, las responsabilidades de su función como conjunto colectivo y heterogéneo de conciencias sociales, y la función de analista y generadora del cambio social y científico.

Un nuevo camino podría ser el desarrollo de nuevos focos de investigación y, a través de éstos, de nuevas disciplinas. Un ejemplo de ello se ha producido a raíz del estudio de la propia globalización, que ha generado tanto investigación como programas educativos (y, en algunos casos aislados, incluso programas de servicio, si bien hasta este momento han sido eficazmente presentados como cursos de liderazgo relacionados con la profesión). Se podría afirmar que el ritmo de cambio bajo la marca de la globalización ha sido tan rápido y extenso que gran parte del conocimiento que se imparte en las instituciones de educación superior y las escuelas hace referencia a un mundo que ya no existe. Las tensiones entre la conservación de la historia y la irrelevancia se han visto dolorosamente agudizadas por el impulso irreverente de la globalización hacia el cambio y por su insensibilidad res-

pecto a lo que se ve desplazado por estos cambios. Los nuevos programas de investigación y docencia tienen la acuciante responsabilidad de describir y analizar este mundo emergente. Es decir, el mundo que ha creado la globalización provoca consecuencias —problemas y dilemas— que no se adecuan satisfactoriamente a las delimitaciones disciplinarias existentes. Son necesarios, y, de hecho, están empezando a tomar forma, nuevas organizaciones del conocimiento y modelos de investigación.

Cabe esperar que algunas de estas nuevas disciplinas estén relacionadas con las políticas públicas y sus numerosas controversias. Ejemplo de ello son el calentamiento global y el cambio climático, problemas que van mucho más allá de las disciplinas convencionales y de las limitaciones en cuanto a especialización. Otro ejemplo, relacionado con el anterior pero con consecuencias significativamente distintas, es la sostenibilidad, con sus subcampos potenciales de sostenibilidad social y cultural y de sostenibilidad agrícola y rural (en un mundo que, desde el año 2000, ha pasado a ser urbanizado). La propia explosión del conocimiento puede producir nuevas disciplinas híbridas, al igual que ha ocurrido en los últimos sesenta años con la aparición de las telecomunicaciones, las ciencias de la información, la informática y el marketing. Cabría esperar que los drásticos cambios de las tecnologías digitales y la casi total eliminación de los costes prácticos del almacenamiento de información digital generen nuevas formas de estudiar el cambio cultural, el consumo y el estilo de la cultura en relación con la comunicación. De igual modo que la sociedad se ve afectada por el ritmo más acelerado del cambio social causado por la rápida introducción de la innovación digital, la educación superior se verá obligada a estudiar estos fenómenos con rigor y a crear estructuras de conocimiento que permitan a la sociedad comprenderlos al tiempo que ayuden a darles respuesta a través de políticas específicas. Las guerras culturales que en parte ha producido y en parte ha agitado la globalización sugieren la posibilidad de una plataforma completamente nueva en la que proponer estudios sobre la paz y una seria búsqueda de nueva información sobre la naturaleza y resolución de los conflictos humanos.

El desarrollo de estos nuevos focos de investigación y estas disciplinas emergentes ha llevado, a su vez, a la evolución de nue-

vas formas de tratarlos. En una sociedad cada vez más compleja e interconectada, las universidades funcionan ahora de forma diferente y nueva, dada la cooperación cada vez más estrecha con otros sectores de la sociedad y con socios regionales e internacionales. La facilidad y velocidad con que se comparte y transmite la información ha permitido redefinir las comunidades de investigación y consulta. Aunque el eje principal sigan siendo las instituciones de educación superior, ahora incluyen habitualmente el sector empresarial, las agencias gubernamentales o las entidades patrocinadoras, las asociaciones académicas internacionales y la sociedad civil. Quizá la expansión del sector de la educación superior global resida en la intersección entre la educación transfronteriza convencional que representa el intercambio de estudiantes y personal docente, y las nuevas redes, asociaciones, consorcios y formas de asociación que se están inventando y definiendo actualmente. El resultado es una *comunidad educativa global* que apenas está empezando a tomar forma y a evaluar sus virtudes y posibilidades. Igual que muchos otros fenómenos de la globalización, estos procesos combinan los marcos de referencia tradicionales de forma radical, promoviendo simultáneamente la homogeneización y la diferencia pues se encaminan a lo global y, al mismo tiempo, intensifican lo local.

Fundamentalmente, el mercado académico ya no está confinado al contexto nacional. El conocimiento se está volviendo más universal que nunca y está cruzando fronteras de todo tipo con consecuencias impredecibles. Su interés y su avance se basan en el libre intercambio y la circulación de ideas a través de ámbitos científicos, fronteras geográficas, sistemas políticos y disciplinas académicas. Las predicciones que sostienen que el número de estudiantes que viaja al extranjero se doblará en los próximos cinco años también señalan el crecimiento sin precedentes de la educación transfronteriza. En este nuevo mercado global abundan las importaciones y las exportaciones. Mientras las sociedades se enfrentan a este salto espectacular en la demanda de educación superior y a la incapacidad de los sectores público y privado de satisfacerla, los gobiernos, primero a regañadientes y después de buena gana, admiten las posibilidades de acceso de las sucursales de universidades extranjeras y el potencial de desarrollo humano de sus programas. En

muchos países apenas se ha empezado a estudiar y definir las políticas que establecerán el funcionamiento y la regulación de estas instituciones transfronterizas. En lugares como China, Corea y el Sureste asiático, por ejemplo, los gobiernos luchan por mantener su sensación de control sobre la proliferación de campus en el extranjero, al tiempo que admiten la necesidad de obtener un mayor acceso desde los mismos bajo acuerdos institucionales adecuados.

En nuestra opinión, la educación a distancia, tanto transfronteriza como nacional, está claramente en sus primeras, aunque dramáticas, fases de desarrollo. Las universidades abiertas son el eje de este fenómeno. Cada una de las principales universidades abiertas de Bangkok, Shanghai, Delhi, Londres, Arizona y otras ciudades ofrece servicio literalmente a cientos de miles de estudiantes. Gracias a la tecnología educativa y los mecanismos de control de calidad contemporáneos se ha podido extender el acceso a la educación superior a un gran número de estudiantes, algo que hubiera sido imposible con los antiguos sistemas de educación a distancia. Y, si bien el desarrollo inicial de los cursos y la configuración de la infraestructura necesaria para su impartición comportan que este modelo sea más caro al principio, las sucesivas iteraciones reducen claramente los costes unitarios. En el nivel social de conjunto, mientras las cifras de quienes se benefician de la educación a distancia continúan creciendo y los costes efectivos por estudiante disminuyen, la capacidad resultante se dirigirá a los problemas de acceso derivados de la masificación de la educación superior global. La prueba definitiva será la cuestión de la calidad. Los partidarios y defensores de la educación a distancia están trabajando con determinación para mantener y demostrar su calidad; las medidas incluyen un discreto pero considerable incremento de las inversiones de las empresas en sus propias versiones de educación superior para responder a las constantes demandas de personal. El peor resultado posible sería que estas iniciativas de educación superior a gran escala terminaran siendo empresas de segundo o tercer nivel especializadas en la provisión de educación de bajo coste unitario para quienes no pueden obtenerla en ningún otro lugar del mercado. El mejor resultado posible sería que la educación a distancia, estimulada por las tecnologías innovadoras, llevara a las instituciones educativas más tradicio-

nales, así como a sus sistemas de impartición, hacia nuevos funcionamientos, y que supiera responder eficazmente a grupos cada vez más numerosos de estudiantes que se caracterizan por preferir nuevas soluciones de aprendizaje.

Inevitablemente, el mundo globalizado implica la rápida formación, transformación y desintegración de sociedades del conocimiento. Siendo el conocimiento la moneda de cambio dominante en el crecimiento y desarrollo futuro, las universidades no tienen más remedio que reconocer sus cambiantes funciones como creadoras, transmisoras y preservadoras del conocimiento al servicio de la sociedad en su conjunto. Además, tal como comienza a dejarse entrever, no deben llevar a cabo estas funciones sólo para los jóvenes que se preparan para sus primeros empleos, ya que los requisitos técnicos de determinadas profesiones son ahora tan complejos y evolucionan tan rápidamente que incluso la mejor educación previa a la ocupación queda anticuada a los pocos años de su adquisición. Un estudio reciente indica que los ingenieros, por ejemplo, necesitan un reciclaje fundamental para actualizar sus conocimientos a los cinco años de graduarse. Por lo tanto, la universidad debe ser consciente de que tiene que desempeñar una función no sólo en la producción de nuevos ingenieros, sino también en la prestación de servicios para los ingenieros activos que necesitan programas que les permitan mantenerse al día y ser eficaces. Las universidades deberán acostumbrarse a afrontar habitualmente el problema de las cortas vidas útiles de las profesiones y de las entidades de conocimiento establecidas.

La sociedad del conocimiento es una sociedad basada enteramente en la formación permanente. Hasta hace poco, la formación permanente se refería al tipo de educación, en gran medida opcional, que se proporcionaba a los estudiantes ocasionales de edad avanzada. Poco a poco, el término se amplió para incluir el reciclaje de personas en activo tras la reestructuración de sus puestos de trabajo. Ahora se considera un *requisito inherente* necesario para ser profesionalmente responsable en relación con las propias obligaciones de conocimiento. Esta conciencia de la nueva naturaleza de la formación permanente, según nuestras predicciones, continuará transformando radicalmente la demanda de educación superior y las cifras de acceso. Lo que ahora es opcional pasará a ser obligatorio.

Ya pueden apreciarse algunas consecuencias de estas tendencias en la economía de lo que anteriormente se denominaba «extensión universitaria» en muchas de las instituciones educativas públicas y privadas de los Estados Unidos. Lo que antes eran complementos prácticos o funcionales a la empresa educativa «real» (y, por tanto, algo «pintorescos» a fin de cuentas) se han convertido en fuentes de nuevos ingresos para las universidades escasas de dinero que a menudo atraen a muchos más estudiantes que las otras ramas de la institución. Otra repercusión es el impacto que tiene todo esto, para bien o para mal, en el personal docente, pues ha conllevado una enorme expansión del personal contratado a tiempo parcial y, al mismo tiempo, una disminución de los tradicionales puestos de trabajo permanentes. Este cambio amenaza con crear un odioso sistema de división en dos clases dentro del personal docente, pero al mismo tiempo promete revolucionar los actuales patrones de jubilación y de aprovechamiento de mentes «de más edad» en el conjunto de la empresa del conocimiento. Las universidades actualmente presentan una estructura de personal basada totalmente en las demandas de trabajo y en las estructuras de la empresa industrial tradicional; una gran parte de la educación superior contemporánea se ha hecho a imitación de la revolución industrial y sus sucesivos desarrollos. Se contrata y se jubila a las personas según una combinación, anteriormente existente pero ahora obsoleta, de envejecimiento biológico y necesidad de crear nuevas oportunidades de empleo en la educación superior. Simplificando intencionadamente en exceso un aspecto importante, la forma de la educación superior que se adapta a los requisitos de la formación permanente en una sociedad del conocimiento se basará en las mentes y en lo que hay en ellas, más que en nociones obsoletas relacionadas con la edad de los cuerpos que poseen estas mentes. De nuevo la demanda redefinirá la capacidad.

Pero mucho más allá de los límites de su función (esencial) de satisfacer las demandas de actualización profesional que exige el mercado, las universidades deben servir a las sociedades del conocimiento de una forma mucho más fundamental. Su responsabilidad final es contribuir de forma significativa al desarrollo total de sus sociedades. Deben llegar y servir a quienes dan forma a este desarrollo: los líderes políticos, econó-

micos y sociales de la sociedad. Esto incluye a los responsables de la educación de la sociedad en niveles inferiores a la educación superior, quienes garantizan la existencia de un número adecuado de docentes cualificados en los sistemas escolares. La educación superior debe garantizar que la sociedad continúe bien preparada para dar respuesta a los problemas sociales más apremiantes, para ampliar sus capacidades de innovación e investigación y para promover los valores necesarios para una sociedad productiva, cohesionada, armoniosa y ética, en términos de buena gobernanza y democracia participativa. El bienestar global de los países dependerá en gran medida del grado en que las universidades puedan desempeñar su función de apoyo a estos objetivos más amplios.

CONCLUSIÓN

Existen tres problemas en lo que se conoce generalmente como la «política y economía» de la educación superior en la emergente sociedad del conocimiento. Nos parecen temas de tanta importancia que deberían tratarse de forma inmediata en los procesos de creación de políticas a fin de que puedan solucionarse con éxito.

El primero es la transmutación del problema de la «brecha digital». Inicialmente hacía referencia a la división entre quienes tenían habilidades informáticas y los que no. Varias organizaciones de todo el mundo se han esforzado para llevar los recursos y los medios a lugares donde anteriormente faltaban. Ahora, no obstante, nos enfrentamos a la naturaleza destructora de limitaciones de la proliferación digital. Como se ha mencionado anteriormente, las propias universidades corren el riesgo de dividirse jerárquicamente por sus habilidades para mantenerse al corriente de estos desarrollos, que representan un salto espectacular en las demandas y requisitos del tratamiento de la brecha digital.

El segundo es la cuestión del valor dentro de la información. La dinámica económica cambiante de las empresas de información y conocimiento y el extraordinario crecimiento de sus productos han creado un «campo informativo» con una extensión y densidad jamás vistas. En medio de esta explosiva tormenta de información se encuentran los dispositivos y procesos generadores de coherencia que denominamos «buscadores». Determinar los caminos y las rutas de valor a través de esta tormenta de infor-

mación hacia la coherencia de conocimientos constituye un problema de proporciones inauditas para la educación superior (concebida como un grupo de organizaciones de conocimiento). Dichas instituciones necesitarán una enorme cantidad de nuevos recursos para superar con éxito estas transformaciones. La política pública debe implicarse plenamente y facilitar los medios necesarios para hacer frente a estos cambios. De no ser así, las instituciones públicas no podrán afrontar este reto.

El último punto es la compleja cuestión de qué conocimiento se debe conservar en un mundo que se globaliza rápidamente, y lo mismo cabe preguntarse en lo que respecta a las dos funciones históricas de las

universidades: la docencia y la investigación. Qué enseñar es un dilema cada vez más acuciante, y, considerando sus tradicionalmente conservadores procesos de toma de decisiones, las universidades están especialmente mal preparadas para resolverlo. Mientras tanto, en cuanto a las cuestiones relativas a la investigación, las universidades se enfrentan a la perspectiva de aplicar el famoso problema de las «dos culturas» de C. P. Snow al conjunto de la educación global¹. El valor instrumental de la ciencia y la tecnología, y su imperativa alineación con el desarrollo económico amenazan con desplazar el estudio de las humanidades (y en cierta medida de las ciencias sociales) en las prioridades de la universidad.

Éstas son sólo tres de las cuestiones sobre políticas que suponen un reto para la educación superior en la era de la globalización. Los responsables de la educación superior deben afrontar estos problemas y otros que aún no han surgido, y deben hacerlo con un sentido de la perspectiva, con visión de futuro y con vistas al papel de la universidad en ese futuro. Si lo hacen, sean cuales sean las formas, modalidades y conexiones que adopte la educación superior, continuará siendo una luz que guíe y un motor para el desarrollo en las sociedades a las que da servicio, como lo ha hecho a lo largo de toda la historia.

NOTA

¹ C.P. Snow (1959) *The Two Cultures*, Rede Lecture delivered 7 May, Senate House, Cambridge, UK. Subsequently published

(1959) as *The Two Cultures and the Scientific Revolution*, Cambridge, UK: The Cambridge University Press.